

CAMILLA ALVARADO

EL BUEN EJEMPLO



EL BUEN EJEMPLO

Si yo afirmara que he visto lo que voy á referir, no faltaría, sin duda, persona que dijese que eso no era verdad; y tendría razón, que no lo vi, pero lo creo, porque me lo contó una señora anciana, refiriéndose á personas á quienes daba mucho crédito y que decían haberlo oído de quien llevaba amistad con un testigo fidedigno, y sobre tales bases de certidumbre bien puede darse fe á la siguiente narración:

En la parte Sur de la República mexicana, y en las vertientes de la Sierra Madre, que van á perderse en las aguas del Pacífico, hay un pueblecito como son en

lo general todos aquellos: casitas blancas cubiertas de encendidas tejas ó de brillantes hojas de palmera, que se refugian de los ardientes rayos del sol tropical á la fresca sombra que le prestan enhiestos cocoteros, copudos tamarindos y crujientes plataneros y gigantes cedros.

El agua en pequeños arroyuelos cruza retozando por todas las callejuelas, y ocultándose á veces entre macizos de flores y de verdura.

En ese pueblo había una escuela, y debe haberla todavía; pero entonces la gobernaba D. Lucas Forcida, personaje muy bien querido por todos los vecinos. Jamás faltaba á las horas de costumbre al cumplimiento de su pesada obligación. ¡Qué vocaciones de mártires necesitan los maestros de escuela de los pueblos!

En esa escuela, siguiendo tradicionales costumbres y uso general en aquellos tiempos, el estudio para los muchachos era una especie de orfeón, y en diferentes tonos, pero siempre con desesperante monotonía, en coro se estudiaban y en coro se cantaban lo mismo las letras y las sílabas que la doctrina cristiana ó la tabla de multiplicar.

Don Lucas soportaba con heroica resignación aquella ópera diaria, y había veces que los chicos, entusiasmados, gritaban á cual más y mejor; y era de ver entonces la estupidez amoldando las facciones de la simpática y honrada cara de D. Lucas.

Daban las cinco de la tarde; los chicos salían escapados de la escuela, tirando pedradas, coleando perros y dando gritos y silbidos, pero ya fuera de las aguas jurisdiccionales de D. Lucas, que los miraba alejarse, como diría un novelista, trémulo de satisfacción.

Entonces D. Lucas se pertenecía á sí mismo: sacaba á la calle una gran butaca de mimbre; un criadito le traía una taza de chocolate acompañada de una gran torta de pan, y D. Lucas, disfrutando del fresco de la tarde y recibiendo en su calva frente el vientecillo perfumado que llegaba de los bosques, como para consolar á los vecinos de las fatigas del día, comenzaba á despachar su modesta merienda, partiéndola cariñosamente con su loro.

\*  
\*  
\*

Porque D. Lucas tenía un loro que era, como se dice hoy, su debilidad, y que estaba siempre en una percha á la puerta de la escuela, á respetable altura para es-



capar de los muchachos, y al abrigo del sol por un pequeño cobertizo de hojas de palma. Aquel loro y D. Lucas se entendían perfectamente. Raras veces mezclaba sus palabras, más ó menos bien aprendi-

das, con los cantos de los chicos, ni aumentaba la algazara con los gritos estridentes y desentonados que había aprendido en el hogar materno.

Pero cuando la escuela quedaba desierta y D. Lucas salía á tomar su chocolate, entonces aquellos dos amigos daban expansión libre á todos sus afectos. El loro recorría la percha de arriba abajo, diciendo cuanto sabía y cuanto no sabía; restregaba con satisfacción su pico en ella, y se colgaba de las patas, cabeza abajo, para recibir la sopa de pan con chocolate que con paternal cariño le llevaba D. Lucas.

Y esto pasaba todas las tardes.

\*  
\*\*

Transcurrieron así varios años, y don Lucas llegó á tener tal confianza de su querido *Perico*, como le llamaban los muchachos, que ni le cortaba las alas ni cuidaba de ponerle calza.

Una mañana, serían como las diez, uno de los chicos, que casualmente estaba fuera de la escuela, gritó espantado: «Señor maestro, que se vuela *Perico*.» Oír

esto y lanzarse en precipitado tumulto á la puerta maestro y discípulos, fué todo uno; y, en efecto, á lo lejos, como un grano de esmalte verde herido por los rayos del sol, se veía al ingrato esforzando su vuelo para ganar cuanto antes refugio en el cercano bosque.

Como toda persecución era imposible, porque ni aun teniendo la filiación del prófugo podría habersele distinguido entre la multitud de loros que pueblan aquellos bosques, D. Lucas, lanzando de lo hondo de su pecho un «sea por Dios», volvió á ocupar su asiento, y las tareas escolares continuaron como si no acabara de pasar aquel terrible acontecimiento.

\*  
\* \*

Transcurrieron varios meses, y D. Lucas, que había echado al olvido la ingratitud de *Perico*, tuvo necesidad de emprender un viaje á uno de los pueblos circunvecinos, aprovechando unas vacaciones.

Muy de madrugada ensilló su caballo, tomó un ligero desayuno y salió del pueblo, despidiéndose muy cortésmente de

los pocos vecinos que por las calles encontraba.

En aquel país, pueblos cercanos son aquellos que sólo están separados por una distancia de doce ó catorce leguas, y D. Lucas necesitaba caminar la mayor parte del día.

Eran las dos de la tarde; el sol derramaba torrentes de fuego; ni el viento más ligero agitaba los penachos de las palmas que se dibujaban sobre un cielo azul con la inmovilidad de un árbol de hierro. Los pájaros enmudecían ocultos entre el follaje, y sólo las cigarras cantaban tenazmente en medio de aquel terrible silencio á la mitad del día.

El caballo de D. Lucas avanzaba, haciendo sonar el acompasado golpeo de sus pisadas con la monotonía del volante de un reloj.

Repentinamente D. Lucas creyó oír á lo lejos el canto de los niños de la escuela cuando estudiaban las letras y las sílabas.

Al principio aquello le pareció una alucinación producida por el calor, como esas músicas y esas campanadas que en el primer instante creen oír los que su-

fren un vértigo; pero, á medida que avanzaba, aquellos cantos iban siendo más



claros y más perceptibles; aquello era una escuela en medio del bosque desierto.

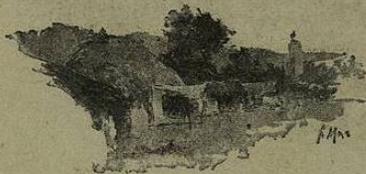
Detúvose asombrado y temeroso,

cuando de los árboles cercanos se desprendió, tomando vuelo, una bandada de loros que iban cantando acompasadamente ba, be, bi, bo, bu; la, le, li, lo, lu; y tras ellos, volando majestuosamente, un loro que, al pasar cerca del espantado maestro, volvió la cabeza, diciéndole alegremente:

«Don Lucas, ya tengo escuela.»

\*  
\*  
\*

Desde esa época los loros de aquella comarca, adelantándose á su siglo, han visto disiparse las sombras del obscurantismo y la ignorancia.



CAPILLA ALFONSO

LA LEYENDA DE UN SANTO



LA LEYENDA DE UN SANTO

Lo que es en algunos cuerpos la propiedad de reflejar la luz, y en otros la de repercutir el sonido, es en la humanidad la tendencia de las generaciones para repetir á las posteriores lo que oyeron de sus antepasados, no valiéndose del libro ni de la escritura, sino del recuerdo y de la palabra. Viven así las tradiciones, y tienen por eso frescura que encanta é interés que subyuga; y estudiadas luego á la luz de la historia, se empañan con el

polvo de los archivos, se amaneraron con el buen decir de los literatos, y pierden su hechizo bajo el peso de los reflexivos estudios de los eruditos.

\*  
\*\*

Hace muchos años—tantos ya, que aun era yo niño—me contaban la historia del protomártir mexicano Felipe de Jesús; y evocando sus recuerdos, y sin recurrir á documentos históricos, voy á contarla como la oía con infantil atención de la boca de aquellas viejas, á las que la ignorancia daba la voz de la inocencia, llenas de fe y creyendo como una verdad incontrovertible todo lo que me referían.

\*  
\*\*

No había en todo el barrio muchacho más levantisco, ni más pendenciero, ni más travieso que Felipe de Jesús. Víctima de su carácter inquieto y turbulento era su pobre madre, que estaba siempre llamándole y buscándole, porque el chico jamás estaba en su casa: vivía, como

acostumbraba decirse en aquellos tiempos, con el «Jesús» en la boca cada vez que notaba la falta del muchacho; y no acertaba con un camino para alcanzar que Felipe hiciera, no alguna cosa buena, sino menores males de los que causaba.

Y era el caso que por más que la madre reñía y por más que una tras otra rezaba novenas á todos los santos del cielo, y, sobre todo, á Santa Rita, de quien dicen que es abogada de imposibles, Felipe, en vez de ir á la escuela, se iba con otros muchachos á los ejidos á perder el tiempo, y volvía á su casa, unas veces con la ropa hecha pedazos, otras con un ojo amoratado, la cabeza rota ó una mano fuera de su lugar.

\*  
\*\*

En la mitad del patio de la casa que habitaba Felipe había un tronco de higuera seco, enteramente seco, pero respetado; porque todas esas higueras que había entonces en los patios de las principales casas de México eran llevadas desde Jerusalén, como obsequio, por religiosos que emprendían el viaje á los

Santos Lugares y escogían, como recuerdo, esquejes de aquellas higueras, que plantados en la Nueva España se convertían fácilmente en árboles frondosos.

Cada vez que la madre de Felipe tenía un disgusto con el chico, y eran frecuentes, exclamaba: «¡Felipe, Dios te haga un santo!»

Y la vieja esclava decía siempre por lo bajo: «¿Felipillo santo? Cuando la higuera reverdezca.»

\*  
\*\*

Con tan estimables cualidades, aunque salvado siempre de peligros, llegó Felipe á ser joven; y como no daba muestras de arrepentimiento, ni señales de enmienda, el padre, que hasta entonces no había tomado cartas en el negocio, determinó adoptar una enérgica resolución que cortar pudiera el camino que llevaba Felipe, y que, á su juicio, debía terminar, si no en la horca, cuando menos en un presidio.

Preparóse viaje, y en la primer *nao* de China que salió de Acapulco partió Felipe con un sencillo equipaje y unas car-

tas de recomendación para un amigo de su padre, español y rico comerciante de Manila.

\*  
\*\*

Muchos años pasaron: murió el padre de Felipe, y la pobre madre, acompañada sólo de la vieja esclava, siguió viviendo en la misma casa, siempre pensando en su hijo, de quien no tenía noticias, y siempre mirando aquel tronco seco, que le recordaba el dicho de la negra: «¿Felipillo santo? Cuando la higuera reverdezca.»

\*  
\*\*

Una mañana, en el mes de Febrero, es decir, en pleno invierno, al abrir la negra las puertas de la ventana que daba al patio, miró asombrada el viejo tronco de higuera cubierto de hojas tan verdes y tan frescas como si estuviera en los primeros años de su lozanía.

Inmediatamente dió la vuelta y entró por la casa gritando:

—¡Señora, señora! ¡Felipillo santo! ¡Felipillo santo! ¡La higuera ha reverdecido!

Dice la tradición que aquel día Felipe de Jesús, profeso en la Orden de San Francisco, había sufrido el martirio en unión de otros misioneros en Nagasaki.

El papa Urbano VIII le beatificó, y la madre, que tanto por él había sufrido, salió al lado del Virrey en la procesión, el día en que se celebró en México la beatificación de Felipe.

La historia no cuenta todo eso así; pero á mí me halaga más la tradición.



POR SI ACASO.....